

No estaba entre mis planes amarte

No estaba entre mis planes amarte

Marta Iranzo Paricio

No estaba entre mis planes amarte

Marta Iranzo Paricio

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2019, respecto a la primera edición en español, por:

© Marta Iranzo Paricio

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417904593

ISBN e-book: 9788417904050

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*A mis hijas, Ana y Belén,
en el deseo de que escriban las páginas de sus vidas.*

*Fuego es amor que avent
el aire de un suspiro; reanimado
en los amantes ojos, resplandece.
Otras, torrente airado
que apasionadas lágrimas acrece.
¿Qué más le llamaré? Sabia locura,
hiel que ahoga, balsámica dulzura.*

William Shakespeare
Romeo y Julieta

I

—¿Qué tal el día? —Mario se dejó caer en nuestro sofá de piel sintética, parecía derrotado. Llevaba el pelo más largo de lo habitual, ahora me daba cuenta de eso, y muy despeinado. Sus ojeras de serie, más hundidas que nunca, habían adquirido un tono amarillento.

—¡Uf!, cansado —me contestó—. El cabrón de Román me la ha colado. Le ha dicho a Francis que yo tenía todos los datos para el informe.

—¿El de Mateo?

—Sí. Me pilló rebuscando en los archivos, tenía cierta curiosidad, nada más, y se mosqueó. Se pensaría que le iba a quitar el caso, ¡qué se yo! La cuestión es que Francis lo necesitaba para ya. ¡Joder!, todo el día con el puto informe mientras el tipo se tocaba los huevos.

—¿Y no has tratado de aclarar el malentendido?

—¡Pues claro!, pero ya conoces a Francis, todo menos malos rollos, y el hijo de puta ese, que él tenía que acabar lo de Almería, y que como yo ya lo llevaba tan avanzado... El caso es que él se ha largado a la hora de comer, y yo, ya ves. Bueno, déjalo. —Eché

un trago al botellín de cerveza que había cogido de la nevera nada más entrar a casa—. ¿Tú qué tal?

—Bien. Normal, vamos —rectifiqué—. En el curro bien, hoy ha sido la despedida de Raquel.

—¿Ya se va? —dijo sin importarle demasiado.

—Ya se tenía que haber ido hace unos días, pero se fue retrasando lo de la otra empresa.

—¿Y por lo demás?

—Lo demás bien. He comprado para hacer sushi. ¿Te apetece?

Se echó otro trago y llevó su mano libre a la altura de mi entrepierna.

—Me apetecees tú. —Odiaba que me metiera la lengua en la boca a la primera de cambio, y mucho más con la agrura de esa cerveza. Era como sucio.

—Oye, no te pongas así.

—¿Cómo?

—No sé, tan rara.

—No estoy rara, no me apetece que me avasalles —corregí.

—No te he avasallado, solo te he dado un beso.

—No siempre me apetece que me des ese tipo de besos.

—No siempre te apetece nada —concluyó con cierto aire despectivo.

—No empieces, ¿vale?

—Oye, Laura, ¿es por el sabor a cerveza? —preguntó. Hubiera jurado que iniciaba una conversación asertiva, que trataba de entender lo que me pasaba.

—No sé, es por todo.

—¿Por todo? ¿Por qué? Cuando llego a casa porque es muy tarde, por las mañanas porque tienes muchas cosas que hacer, al medio día porque quieres descansar... —Pero me equivoqué.

—Déjalo, Mario. No siempre me apetece, eso es todo.

—Laura, mírame. —Enderezó mi rostro frente al suyo desde mi barbilla, ni suavemente ni con demasiada fuerza.

—¿Qué?

—¿Me quieres? —preguntó con la entonación con que se preguntan estas cosas.

—Sabes que sí —respondí con la triste rutina con que se contestan.

—Llevo un tiempo dudándolo.

—Bien, te quiero a ratos —me corregí tras una pausa, mirándolo de soslayo—. Esa es la verdad —aseveré de frente.

—¿Me quieres a ratos? ¿Te das cuenta de lo que dices? Entiendo que a ratos te enfades, que a ratos estés irritada, quieras estar sola, estés cansada, incluso que te canses de mí a ratos. Pero lo que dices es que me quieres a ratos o, lo que es lo mismo, que hay ratos que no me quieres. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? —Había duplicado el tono habitual de su voz.

—No sé, Mario. No siempre me gusta lo que haces, cómo reaccionas, cómo te comportas.

—¿Es por lo de los viernes? —A estas alturas ya se había levantado del sofá y escenificaba el diálogo, zarandeando el botellín con cada gesto.

—No solo por lo de los viernes —contesté.

—Claro, hoy es viernes. ¡Ya te puedes ir con tu panda! ¡Yo me largo y te dejo tranquila!

Se dirigió hacia la puerta, quitó la llave de la cerraja y se la metió al bolsillo.

—¡Mario!

Los portazos me sobrecogen, y no debieran. El portazo que te propinan tiene sabor a afrenta, el que uno da trae aires de liberación. Abandono o triunfo. Y el hecho es, en ambos casos, el mismo.

Alcancé a Mario por las escaleras, entre el tercero y el segundo.

—¡Suéltame! —dijo cuando le agarré de la camisa. Era la camisa que llevaba el día en que nos conocimos, lila, decorada con dibujos geométricos negros, sin más. La que le desabroché

sin apenas entender por qué lo hacía, sin demasiadas ganas; la camisa a la que después me fui acostumbrando. La que, de un tiempo a esta parte, se me atragantaba en el hueco que quedaba entre el armario y mi deseo.

—¡Pues escúchame! ¿Qué es eso de salir así de casa? ¿Acaso no sabes dialogar?

Se paró en seco y giró su cuerpo a escasos milímetros de mí. Lo de menos era la incómoda cercanía; su respiración, profunda y agitada, quebraba mi interior a la manera de la separación de los continentes. Así lo sentí yo.

—Sigo tu ejemplo, Laura.

—Eres tú el que empezaste con este jueguecito.

—¡No me jodas! Solo sabes reprochar, no construir. ¿Y tú me lo preguntas? ¿Que si no sé dialogar? Lo aprendí de ti, Laura. Eres tú la que te encierras porque no te apetece hablar, o porque quieres estar a tu aire, ¡y desde luego porque no quieres follarse! Aprendí de ti el evadirse del problema sin buscar una solución.

—No fui yo la primera en dar un golpe a esa puerta, ni la primera que se esfumó tres días de casa.

—Pero sí la primera en marcharte al barrio ese, ¡joder! En juntarte con otras gentes que, según tú, te llenan el corazón. Y luego lo tienes tan lleno que ya no te cabe nada más, ni ahí ni en ningún sitio.

Saqué fuerzas de flaqueza.

—¿Sabes qué? ¡Eres un celoso!, y como no sabes manejar tus celos infantiles me atribuyes a mí la culpa de todo lo que pasa entre nosotros.

—Y tú, ¿sabes qué, Laura? ¡Eres una insatisfecha!, y como no sabes gestionar tu insatisfacción me reprochas a mí ser un celoso cuando lo que quiero no es otra cosa que compartir mi vida contigo, a todas horas.

—¡Suéltame! ¡Suéltame he dicho o llamo a la policía!

II

El nudo del estómago no se me deshacía con nada, ni con la música relajante *Sounds of the sea* sonando en el CD, ni con las velas perfumadas de Ikea, ni siquiera con los conos de incienso natural White Musk que endulzaban el aire de todos los rincones de mi casa, aunque advertí, cansada de apretar, que la postura me calmaba, el peso de mi cuerpo, el contacto de mi vientre sobre el nailon, el balanceo provocado por la superficie curva de la pila de jerséis que me llevaba para la Gran Bretaña. Dejé, por un momento, de forzar la cremallera de la maleta y permanecí desparrramada sobre ella, boca abajo, con el culo en pompa.

Jacobo, que esa tarde me había elegido de entre todos los vecinos barruntando, quizá, que era mi último día en el barrio, bajó silencioso del alféizar de la ventana para husmearme con su hocico gris y se acurrucó en el hueco que quedaba bajo mi axila. Creo que después estiré de la almohada y me acomodé sobre ella. También tengo vagos recuerdos de haber trepado en algún momento hasta la cama, con el cuerpo baldado y la mente alerta. Dentro de unas horas salía mi vuelo a Londres en un órdago a que algo cambiara en mi vida.

Entre las luces y las sombras que produce el sueño ligero y agitado se me representó la imagen de Lola, aquel lluvioso domingo de primavera cuando me pidió que nos viéramos en el bar de Tío, que tenía algo que contarme.

—¿Y qué vas a hacer tú en París? —le había dicho, boquiabierta.

—Lo que siempre he querido, lo que siempre me ha gustado, Laura, si no me voy reviento, aquí me falta el aire; prefiero morirme de hambre haciendo lo que quiero, viviendo a mi manera, a seguir en este vacío. Esto es la nada. Me voy y punto.

Y se fue.

Pero a mi mente analítica le pareció que lo de Lola era diferente. Lola siempre había tenido madera de artista y alma de bohemia, del París del Montmartre, de los cuadros de Van Gogh. Y yo, que me las daba de resuelta, pero que jamás había cogido un tren sola, ¡qué iba a hacer trabajando en un café de Londres a estas alturas de mi vida!

Giré mi cuerpo hacía el lado contrario con el único objeto de eliminar esos pensamientos, quizá posándolos sobre la mitad derecha del cerebro, que parece encargarse de funciones ajenas a la lógica, ese raciocinio que tanto me ha valido en ocasiones y que tantas otras me ha hecho perder. Esta vez la decisión estaba tomada, algo en mi interior me estaba ofreciendo esta manzana, y había decidido probarla.

Pese a la inquietud de la noche el despertador me pilló por sorpresa. Jacobo maulló desde el calor del cobijo en la maleta, todavía abierta. Puse café y tostadas, me di una ducha y abrí la ventana de mi habitación. El sol de enero, aunque suave y tibio, dibujó claroscuros en la madera del suelo y se proyectó oblicuamente en la pared.

El barrio bullía. Desde mi ventana componía un mosaico con los colores de las ropas tendidas, las carrocerías de los coches y los tejadillos de las casas, con sus vertientes de teja vieja y sus irre-

gulares terrazas de baldosas enmohecidas; un paisaje de antenas y chimeneas. Desde arriba quedaban perfectamente trazados sus nervios, esas calles y callejas que ya discurrían irremediabilmente por mis venas, junto con mi sangre y sus gentes. Aspiré su mezcla de olores y la nostalgia se agitó en mi interior. Cerré la ventana y la maleta y me vestí torpemente, eché el último vistazo a la casa y he de decir que me santigué en el rellano, porque yo lo que quería era volver; volver con el interior lleno y el equipaje cargado de experiencias. Y es que tenía prisa por sentirme viva.

El taxi no tardó en llegar.

Ya sentada en el asiento trasero de aquel Skoda respiré hondo mirando la fachada de ese número 24 de la calle José Oto, sus balconillos al aire, con sus barandas, algunas plantas colgantes ocultando los ya múltiples desconchones que se proyectaban sobre la pintura gris, y las también grisáceas contraventanas, otrora blancas, ahora cerradas las del 4º derecha.

Advertí que el taxista miraba por el retrovisor.

—Al aeropuerto, por favor —acerté a decir. Y el vehículo se puso en marcha dejando atrás la panadería de *la Aurora* (¡ay cuando se entere de que me he ido al extranjero sin despedirme!), Rosa Mary, la mercería, y ahora, también, el bar de Tío; y todo eso sin importarle que llegué al barrio de La Jota un dieciocho de junio de hacía veinte años cargada de muebles antiguos, léase viejos, y de ilusiones, y que fue *la Pascuala*, del 1º centro, la que me abrió la puerta y le pidió, más bien ordenó a su hijo, que me subiera el somier por la escalera, mientras nosotras le indicábamos desde abajo cuándo tenía que girar y que solo faltaban unos pocos peldaños. Para subir el escritorio nos ayudó también Paco, el barbero, y Julián, el marido de *la Sole*, que olía a rancio, pero que resultó tener un gran corazón.

El veinticuatro era un oasis de generosidad, un edificio de encuentros y desencuentros. Desde que murió *la Rafaela* y nos

dejó en herencia su casa a la comunidad, todos los viernes eran Santa Rafaela. Junto con María y Mariela, inmigrantes argentinas a quienes habíamos logrado alquilar dos habitaciones, en el 3º izquierda se cocían ricos caldos de remolacha o sopas de ajo y cebolla, se hervían habas y se freían buñuelos de pescado, se intercambiaban risas y gestos entre los vecinos, se ofrecían ayudas y se pedían favores para la semana, y se jugaba un boleto de la Primitiva, por si tocaba.

Bien sabía lo que todo aquello valía, lo que no acertaba a comprender era ese latir en el interior de mi estómago que me anunciaba un vacío, una pena, como decía *la Rafaela*, una necesidad de descubrir la misión para la que había aterrizado en esta vida. No recordaba cuándo había comenzado a ser así y apenas entendía el motivo por el que lo fuera, pero así era, y estoy aprendiendo a no juzgar las emociones que me asaltan, so pena de alienación.

Acomodada, horas después, en el autobús que me acercaría a la capital inglesa, respiré hondo y saqué el plano de la ciudad que, a fuerza de tanto mirarlo en casa, me resultaba familiar. Efectivamente aquí, a la derecha de Northampton Square, Ashby Street, y en su número 7, más o menos a esta altura, la residencia.

Esperaba por mi bien que la señora Stanford, Adeline, estuviera pasando un buen día, y sobre todo que no me soltara el sermón de la cerraja, aunque bien pensado también podía cortarle diciendo que ya me sabía la historia. Era curioso, tanto hablar de la bruja de la señora Stanford, pero Julia, cuando se fue definitivamente de Londres, pasó a echarla de menos, porque algo tenía de entrañable, algo de madre, cuando al final te abrazaba sin compasión hundiéndote entre sus enormes pechos.

Fuera parecía hacer mucho frío, los viandantes se apresuraban en su paso por las calles, apenas se les veían las caras de puro tapadas, los hombros y los corazones encogidos. Las bicicletas circulaban desafiantes. Todavía iluminados, los escaparates

acogían algún que otro curioso. El autobús realizó su siguiente parada, Berry St, que señalé con el índice de la mano derecha en el plano; se apearon cuatro o cinco viajeros y continuó su recorrido, supuse que hasta Malta St, y luego a Northampton.

Mi corazón seguía palpitando más de lo habitual. Desde que saliera de mi ciudad todavía no había abierto *El paciente inglés*, que seguía debatiéndose entre la vida y la muerte en mi mochila.

Al momento me encontré ante Stanford Student Residence. Así se leía en la placa dorada atornillada a la madera verde oscuro de su puerta, y así se reproducía también en la primera planta de su edificio victoriano, en un cartel que abarcaba toda la esquina redondeada de las dos calles perpendiculares sobre las que descansaban sus cimientos.

La señora Stanford no me decepcionó, sin duda gracias al realismo de Julia al describirla a través de las anécdotas que me contaba. Abrió la puerta refunfuñando, creo que la pillé haciéndose el bigote, y me hizo pasar con un desabrido gesto a la sala contigua, desapareciendo al momento sin dejar de farfullar. Cuando volvió, al cabo de diez minutos, llevaba el labio superior al rojo vivo y el entrecejo fruncido en un rosa intenso. En un instante se fundió en mi pituitaria el olor a polvo, que parecía provenir de la moqueta, con el de la mantequilla frita que emanaba de la bata y el pelo de la señora Stanford, y que distaba mucho del aroma enriquecido de las sopas de ajo del día de Santa Rafaela.

Efectivamente tenía lorzas en la nariz, como las que los bebés bien criados tienen en las muñecas, tobillos y codos; la parte superior de su tabique nasal se remontaba en la inferior, y aun esta se coronaba con una enorme verruga negra. Las grasas hebras de su pelo gris parecían también untadas en quién sabe qué producto oleoso. La bata de flores, abiertos sus botones a la altura del muslo, dejaba entrever un viso color carne y el elástico de las medias, mientras se adivinaba el dedo gordo del pie derecho y el juanete del izquierdo por entre las zapatillas de fieltro azul.

—Tenga las llaves, el que las pierde no entra. He tenido que cambiar seis veces la cerraja siempre por culpa de algún extranjero, y no voy a llegar a la séptima —saludó.

—Julia me contó lo de la llave —contesté todo lo sonriente que pude—. Julia García, ya sabe que vengo de parte de ella.

Le faltó tiempo para contestar.

—Pues esa Julia no era ninguna santa. Le aviso, el que la pierde, la paga, y ahora sígame, le voy a enseñar su habitación.

Seguí a esa amable mujer por el largo pasillo, mudos los pies sobre la moqueta gris. A derecha e izquierda las paredes, repletas de viejos cuadros sin importancia, molduras de escayola y candelabros de pared, parecían inclinarse en señal de saludo. En la habitación número 26 la señora Stanford se paró en seco delante de la puerta.

La habitación era una réplica del pasillo, solo que algo más ancha. La misma moqueta en el suelo que trepaba hasta media pared, donde la remataba un fino listón de madera oscura; de nuevo la misma serie de cuadros y candelabros que únicamente cambiaban el color de sus velas, de verde oliva a beis, sin criterio aparente. Una decoración solamente sesgada por el panel pintado que hacía las veces de cabecero de cama. La estrechez de esta y el histrionismo de su colcha, repleta de minúsculas flores rojas y rosas, y de verdes hojas, no parecían prometer el anhelado descanso.

La señora Stanford descorrió, capa por capa, la tupida cortina de terciopelo rojo que se extendía por toda la pared norte de la estancia, sin que ello fuera suficiente para apreciar, en ese momento, el paisaje urbano que se escondía tras la niebla.

El baño había que compartirlo. Distaba dos habitaciones de la mía, eso sí, solo *ladies*, y también tenía moqueta, ¡incluso en la tapa de la taza! Aquí sí que perdía respecto a José Oto. No es que el de allí fuera lujoso, ni grande, ni siquiera disponía, tampoco, de ventana, pero tenía la magia en el ambiente, con sus ramilletes de lavanda cada cinco baldosas y su suelo de barro hecho a mano;

la loza malva como no había visto ninguna, y la cortinilla en la bañera, imitando frescas y transparentes gotas de agua.

—Es para el uso de estas cuatro habitaciones —sentenció el reflejo de la señora Stanford en el estrecho y picado espejo que quedaba frente a la puerta de tan desafortunada estancia.

A pesar de lo previsto, aquella noche dormí plácidamente. Había superado con éxito la primera fase de mi expedición, la llegada a la capital inglesa, y me permití ese respiro. La cena no había resultado tan horrible como me la pintara Julia, salvo por las aceitosas y refritas bolitas de patata, y los demás residentes presentes me acogieron con suficiente generosidad. Lo que no tuve fue ánimo para ducharme con esa pera anclada en la embaldosada pared verde, que se suspendía sobre una bañera arañada por hileras de óxido que convergían en el desagüe. Preferí embutirme entre las sábanas rosa fucsia de la cama y cubrirme con las flores de su colcha.

Afortunadamente, al día siguiente no empezaba mi jornada laboral y eso que, a Charles, el encargado del Nirvana Café, le urgía contar con un empleado más, pero para eso estaba mi Julia, para decir a su amigo desde España que hasta el viernes no podría ser. Eso sí, mi horario comenzaba a las seis y media de la mañana.

Así que ese jueves me lo tomé con tranquilidad, o al menos lo intenté, porque a las nueve de la mañana ya estaba la señora Stanford aporreando la puerta de mi habitación para advertirme que ya había terminado el último turno de desayuno, y que solo por mucho favor y sin que sirviera de precedente, me podía ofrecer un té con leche y una tostada con mantequilla hasta, exactamente, las nueve y cuarto. A punto estuve de declinar tan tentadora invitación, pero decidí iniciar con buen pie nuestra prometedor relación, de forma que dos minutos antes de que se me acabara el tiempo ya estaba sentada en el comedor sin haberme deleitado, todavía, con los placeres de la ducha. Cuando por fin le llegó el turno resultó una experiencia de lo más desconcertante: el hilillo

de agua poco clara que corría, tan pronto frío hielo como caliente abrasador, caía irremediamente de aquel chisme que hacía las veces de ducha de forma que, obligada constantemente a modificar los mandos, aquello se convirtió en una continua pelea entre ellos y yo, de la que nunca salía victoriosa.

Reconozco que me sentí aliviada cuando, por fin, me lancé a explorar las calles a tres manzanas de la residencia. Quería acercarme hasta el Nirvana, aunque solo fuera para conocer el trayecto que iba a recorrer mi vida en los próximos seis meses y descubrir la sensación que me causaba. Desde la acera de enfrente y a través de la cristalera que hacía las veces de puerta, aprecié sus paredes, que parecían forradas de ladrillo rojo, ese que llaman inglés, y sus butacas y sillas, tapizadas de escay negro. Crucé la acera y pasé por delante del local. El reflejo del cristal me devolvió mi imagen, solapada entre un grupo de jóvenes que comían y bebían entre risas. En ese momento no me ubiqué allí, no me encontraba lo mirara por donde lo mirara. Quizá hubiera preferido un ambiente más cálido y latino, tal vez... Me esforcé en abandonar la nostalgia y seguir adentrándome en las calles de ese destino que yo misma había elegido. La ciudad, espléndida, se me antojaba fría y demasiado desconocida. ¿Dónde estaba su grandeza?

Nunca hubiera pensado que aquel día ansiaría volver a Ashby Street, ni casi me atrevía a reconocer en mi interior que no me importaba reencontrarme con la señora Stanford, el rostro más conocido por mí de todo Londres, que me sirviera la cena, aunque fuera acompañada de sus bolitas de patata refritas en mantequilla, y que me diera un desafortunado desplante por buenas noches.

La verdad es que no me equivoqué demasiado. Me abrió la puerta Frank, uno de los compañeros, el de las pecas, que lanzó una frase como al vacío. Contesté *okay*, por decir algo, y me dirigí a la veintiséis, donde me desplomé sobre las flores de la cama, que olían a polvo y tiempo. Soñé que soñaba con *la Rafaela*, quien